
El Fabricante de Fantasmas

Roberto Arlt

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 8019

Título: El Fabricante de Fantasmas

Autor: Roberto Arlt

Etiquetas: Teatro

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 6 de julio de 2023

Fecha de modificación: 6 de julio de 2023

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Acto primero

Cuadro primero

Escritorio poligonal, separado de un comedor rectangular por un pasillo. Ambas habitaciones, con dos ventanales abiertos permiten distinguir chimeneas y azoteas de la ciudad.

Escena I

MARTINA le cuenta a ELOÍSA que ha ido a ver a una echadora de cartas que acertó que tenía relaciones con un hombre que además de casado era asesino.

Escena II

Dichos y PEDRO.

PEDRO (entrando de la calle y descubriéndose. Es un hombre elegante, pero descuidado. Por momentos, reservado; en otros, explosivo): Buenas tardes. ¿Cómo está, Martina?

ELOÍSA: Buena tarde.

MARTINA: Bien, ¿Y usted?

PEDRO: Aquí... sin novedad. (Sacando del bolsillo un sobre y entregándoselo a **ELOÍSA**.) Las entradas. (**ELOÍSA** abre el sobre.)

MARTINA: ¿Van al cine?

ELOÍSA: No, al teatro. ¡Qué fila!

MARTINA (que se aproxima): Sí, muy atrás.

ELOÍSA (a **MARTINA**): Este, que es un poco sordo, no va a oír nada.

PEDRO (sentándose junto a la mesa y hojeando una revista): No pude ir más temprano.

MARTINA (a **ELOÍSA**): ¿Por qué no haces el favor de envolverme ese vestido? (**ELOÍSA** recoge el vestido.)

ELOÍSA: ¿Te vas ya?

MARTINA: Sí.

ELOÍSA: Bueno. (Sale. Pedro continúa leyendo sin mirar a **MARTINA**, que lo observa.)

Escena III

MARTINA y PEDRO.

MARTINA (después de un intervalo de silencio): ¿Qué novedades tiene el hombre silencioso?

PEDRO: ¿Eh?

MARTINA: Le decía que hace un hermoso tiempo.

PEDRO: No, usted no dijo eso.

MARTINA: ¿Me ha escuchado?

PEDRO: En cierto modo.

MARTINA: ¿Pensaba?

PEDRO: Vaguedades. ¿No se ha fijado que hay épocas en la vida de uno en que el entendimiento parece nublarse? Todo lo que ocurre en derredor parece un sueño entrevisto a través de un cristal demasiado grueso.

MARTINA: ¿Cómo marchan sus ensayos teatrales?

PEDRO: Mal, mal, mal. No se toman en serio. Y, sin embargo sólo en el teatro de mi vida podría encontrar una explicación adecuada. (Con intimidad.) Aunque no lo crea, soy un personaje verídicamente teatral. Pero yo no tengo nada que hacer en teatro. Para mí el teatro es un medio de plantearle problemas personales a la humanidad... En este caso, mis problemas. Necesito urgentemente subirme a un escenario y decirle a un público cuya cara sea invisible en la oscuridad: "Me pasa esto, aquello, lo otro. ¿Cómo resuelvo los enigmas que bailan en mi conciencia?" Ya ve, los otros quieren llegar

al escenario para darle una satisfacción a su vanidad... Yo no. Es un problema personal... , auténticamente personal. Cuando haya resuelto mi problema mandaré al diablo al teatro. ¿Qué me importa a mí el teatro? El teatro es un pretexto... Mejor dicho: un medio para llegar a un fin.

MARTINA: ¿Usted necesita hacer una especie de pública confesión?

PEDRO: Sí... , algo por el estilo...

MARTINA: Tendrá éxito.

PEDRO: ¿Cuándo?

MARTINA: Cuando se deshaga de ese ópalo.

PEDRO: ¿Qué ópalo?

Escenas IV-V

MARTINA: El que lleva en la mano. ¿Me permite? (Se acerca, le toma de la mano y lo mira.) Cámbielo por un rubí. Los rubíes atraen la fortuna. El ópalo es una piedra funesta en la mano de un soñador. (Se lleva la mano del hombre a los labios y luego, rápidamente, retrocede. **PEDRO** se deja caer en su silla; escucha ruido de pasos e inclina la cabeza sobre la revista.)

MARTINA se va. Conversación tensa entre **ELOÍSA** y **PEDRO**; **ELOÍSA** se niega a “entregarse a él” hasta que no consiga empleo.

Escena VI

PEDRO, en el escritorio; luego, el fantasma de **MARTINA** y el **SUSTITUTO**.

PEDRO (se sienta a su escritorio y mira al vacío de la ventana. Luego, reflexivamente): ¡Con cuánta razón ha dicho el Buda: “Todo hogar es un rincón de basura”! (Se pasea.) Un rincón de basura. Pero ¿qué mujer, qué hombre, no aspira a fabricarse un rincón de basura y a revolcarse gozoso en su rincón de basura?

MARTINA (el fantasma de **MARTINA** aparece en el marco de la ventana, quiméricamente envuelto en una vestidura blanca con alas de luz violácea): Me llamó tu pensamiento, hombre del rincón de basura...

PEDRO: Sí... , pensaba también en ti. Quizás te haya llamado. Uno está continuamente lanzando voces en el desierto.

MARTINA: ¿Eres tú el hombre que necesita dos rincones de basura?

PEDRO (Riéndose): Es posible... , pero uno de los dos rincones de basura debe estar adornado de cinceladas ilusiones. (Sentándose a la mesa y mirando a ella, que ha quedado detenida en el centro de la estancia.) Me gustaría oírte hablar con otro. (Súbitamente, por la ventana aparece un hombre vestido de “smoking” y con el rostro cubierto enteramente por un antifaz negro.)

SUSTITUTO: Estoy aquí para obedecerte.

PEDRO: Fantasmas modelados por mi mente, escúchenme: Necesito que expresen un amor ardiente e inverosímil, con palabras que jamás seres humanos utilizan en la

comunicación de sus deseos. Yo no creo en la eficacia de esos ramales de doradas mentiras, pero la gente que acude a los teatros va en busca de lo que no existe en sus vidas. Podría decirse que las mentiras son para ellos las puertas de oro que se abren a un país encantado. Nosotros, autores, no nos podemos formar ni la más remota idea acerca de la arbitraría estructura de aquellos países de ensueño, en los que se mueve la imaginación del público. Como los alquimistas, jugamos con fuerzas naturales cuyos efectos parecen mágicos, pues unas veces la muchedumbre aplaude y otras bosteza. Y ahora, sombras del éter, manos a la obra. (Se pone a escribir al tiempo que los personajes hablan.)

SUSTITUTO (pasándose las manos por encima del antifaz como si se despertara de un sueño): ¡Te esperaba!... ¡Cuántos años hace que te esperaba, mujer ardiente y taciturna, recuerdo de una hora de amor adolescente!

MARTINA: Debiste adornarlo todo con flores.

PEDRO (a MARTINA): Su respuesta es insustancial. (Al galán.) Ensaya otro modo. Arrodíllese.

SUSTITO (arrodillándose): Verticalmente eres perfecta. Entre las pestañas, tus ojos centellean como la luna entre el follaje. Por momentos, el calor que irradia tu vientre me desvanece en un verde sueño tropical. Tus pies son más pequeños que los de la felicidad que pasa.

MARTINA (a PEDRO): ¿A cuántas mujeres les has repetido las mismas palabras?

PEDRO (secamente): Diríjase al galán.

SUSTITUTO (poniéndose de pie): ¿A cuántas mujeres les he dicho lo mismo? No recuerdo. Cada una exige una mentira diferente que es verdad en el momento que se pronuncia.

MARTINA: ¿Eres un cínico o un pedante?

SUSTITUTO: Es difícil saber con precisión lo que se representa para otra persona. Pero estás equivocada si crees que te miento. No te has mirado en un espejo. ¿Qué piensas de ti misma cuando te desnudas lentamente delante del cristal y recuerdas las ráfagas de deseo que encendiste durante el día frente a los hombres que pasaban? ¿No estás enamorada de tus propios senos? ¿No te pesan? ¿No te martirizan con una dulzura violenta y desgarradora?

MARTINA: ¡Cállate, besta carnícera!...

SUSTITUTO: Sí, es como el ansia de un hombre que se perdió en el desierto por chupar una naranja.

MARTINA: Y luego tirar la cáscara.

SUSTITUTO (riéndose): Eres graciosa. Yo no soy coleccionista de cáscaras... , pero mientras seas una muchacha en flor. ¡Oh, cuántas promesas! Te imaginas...

MARTINA: Soy corta de imaginación.

SUSTITUTO: Pues esta noche, cuando el cuerpo se te revuelva solitario en tu cama de virgen, tu imaginación se tornará lasciva...

MARTINA (riéndose a su vez): ¡Atrevido!

PEDRO (con satisfacción): Están bien los dos.

(El **SUSTITUTO** se arrodilla bruscamente y besa un pie a **MARTINA**.)

MARTINA: ¿Qué haces, loco?

SUSTITUTO (poniéndose de pie): Quisiera ser perro para testimonearte mi alegría. Te pondría las patas sobre el pecho y con el hocico peludo te frotaría la piel en los hombros. Y te dejaría hilitos de baba en la seda de la piel.

MARTINA

: ¿Y tu mujer?

PEDRO (interviniendo violento): Deja tranquila a mi mujer.

MARTINA (a **PEDRO**): No te agrada que te hablen de tu mujer, ¿eh?

PEDRO (a **MARTINA**): A ti tampoco. (Los personajes permanecen un momento inmóviles. **PEDRO**, rabioso y dramático.) Lucha cruel. El fantasma es tan rebelde como el ser humano que representa. (Dirigiéndose al **SUSTITUTO**, que no rechista.) ¿Te das cuenta? Para muchos hombres, cortos de imaginación, únicamente pueden existir conflictos teatrales entre cuerpos de carne y hueso... ¡Qué ciegos! Todavía no han comprendido que el hombre de carne y hueso es sobre la tierra un fantasma tan vano como la sombra que se mueve en la pared. (Cambiando de tono.) Te ruego que seas amable con esta bestia de piernas cortas y pelo largo.

MARTINA: Repugna escucharte.

PEDRO (sin hacer caso, al **SUSTITUTO**): Engáñala atrevidamente. No ahorres promesas. Júrale que ansías ser su esclavo, simula durante un tiempo que obedeces sus más mínimos caprichos, como si fueras un hombre sin carácter. La mujer ha sido siempre una esclava; por consiguiente, su secreto y fundamental deseo es tiranizar al amo. Emborracha su vanidad. La más tonta entre las tontas toca la luna con la mano de su pretensión. See duro, hipócrita, dulce e implacable. Guantes de terciopelo, pero el látigo bajo el brazo. (Volviéndose a **MARTINA**.) Oyeme, quieridita: Este fantasma que hace aquí el ridículo frente a tus narices es un desdichado inconsolable. Ha soñado que la vida es hermosa y de pronto ha descubierto que la vida es un cajón de basura. Pero, a pesar de todo, es una fuerza que tú puedes explotar hábilmente. Tienes que engañarlo. El trabajará para ti, te cargará de vestidos, de joyas, de comodidades. Como todos los imbéciles, aspira a conquistar una mujer inteligente. Para enredarlo en tus propósitos tienes que combinar la

sensualidad con la astucia, poner en juego el cincuenta por ciento del impudor de una cocotte y el otro cincuenta por ciento de la intelectualidad de una mujer que está a punto de descubrir la cuadratura del círculo. ¿Listos? (Se instala en el escritorio.)

MARTINA (a **PEDRO**): Menos ciencia se necesita para conquistar un millón de hombres.

SUSTITUTO (aproximándose a **MARTINA**): Mi voluntad se derrite en tu presencia como la nieve al sol. Ansío dormirme sobre tu pecho, apretando los dientes como un cachorro. ¡Cuántas vilezas cometería por ti!

MARTINA: Me avergüenzas, pero en el fondo de mi conciencia despiertas fuerzas oscuras, complejos adormecidos. ¿Serás tú el hombre a quien espero?

SUSTITUTO: ¡Qué bonita eres así, ruborizada! Como un pomo de nardo huele la piel de tu cuerpo fresco. El día que te cases, las madrinas le servirán a tu marido tu cuerpo desnudo sobre una almohadilla de terciopelo. Y cuando él te vea así, rosada y pálida, lanzará terribles grititos de admiración...

MARTINA: ¡Cómo! ¿No piensas casarte conmigo?

SUSTITUTO (admirado): Casarme yo con usted... ¿Y para qué? ¡Ah!, sí... , sí...

PEDRO (a **SUSTITUTO**): Eres un imbécil.

MARTINA (a **PEDRO**): ¿En qué piensas?

PEDRO (a **MARTINA**): Continúe dialogando.

MARTINA (a **SUSTITUTO**): Tu imaginación es un crisol donde hierven metales distintos. Cuando te hayas quemado totalmente, ¿qué restará de ti? ¿Escoria o diamantes?

SUSTITUTO (besándola): Delicia. Estoy sobre la cresta de un

volcán. Fuego, humo, llamaradas...

MARTINA (a **PEDRO**): ¿Qué diría tu mujer si nos viera?

PEDRO (saltando de su escritorio): Cállate, estúpida.

MARTINA (violenta): No, no quiero callarme. ¿Qué te crees, que soy tu esclava? ¿Qué sentimientos te ligan a tu enemiga?

PEDRO (acercándose al **SUSTITUTO** y tomándolo por los hombros): Puedes marcharte. (Mutis del **SUSTITUTO** por la ventana. **PEDRO** se pasea por el cuarto frente a **MARTINA**, que lo examina. Después, con voz humanizada.) ¿Qué es lo que me liga? Es mucha curiosidad para una sombra.

MARTINA: Cuidadosamente evitas la explicación.

PEDRO: Efectivamente, la evito.

MARTINA: ¿Por qué?

PEDRO: Los razonamientos de las pasiones siempre resultan monótonos.

MARTINA: ¿Temes descubrir tu secreto?

PEDRO: ¿Tengo yo un secreto?

MARTINA: El secreto que disfraza tu silencio. Conmigo puedes hablar. Soy una sombra. En cuanto tú lo ordenes me disolveré en el espacio. No existo.

PEDRO: Lo único importante en la vida es la sombra. Un secreto es una fuerza. El hombre que se confía a una sombra termina por buscar al doble de carne y hueso a quien confiarse.

MARTINA: ¿Tan horrible es él?

PEDRO: Me estás hablando enigmáticamente. No te entiendo.

MARTINA

: ¿No te aterroriza el alma no poder hablar de tu secreto ni con una sombra?

PEDRO: Me aterrorizaría, y mucho, el no saber defenderme de una sombra... porque el hombre que no sabe defenderse de una sombra menos sabrá luego defenderse de los seres humanos...

MARTINA (acercándose, acariciándole la cabeza): ¿Por qué no hablas conmigo? Quiero que conozcas la voluptuosidad de esclavizarte a una mujer mediante la confidencia de un secreto.

PEDRO: ¡Esclavizarse... esclavizarse! ¡Qué hermoso sería eso, Martina! Hay hombres que logran dejarse dominar totalmente por una mujer. Son felices. Pero yo no podré paladear jamás esa dicha oscura, torpe, deliciosa...

MARTINA: Anímate. Cuéntame un pedacito tan sólo de tu secreto.

PEDRO: No puedo...

MARTINA: ¿Por qué no puedes?

PEDRO: Porque mi secreto tiene la lengua cortada...

Escena VII

Dichos y ELOÍSA.

ELOÍSA (abriendo bruscamente la puerta y sin ver el fantasma de MARTINA): Es hora de que te afeites.

PEDRO: Está bien. (Mutis de MARTINA sin mirar a PEDRO y mutis de ELOÍSA, que vuelve al comedor y se sumerge junto a la ventana en la lectura de la revista. Pasan dos minutos de silencio. PEDRO, por el pasillo, se ha dirigido al baño. Súbitamente suena el timbre del teléfono encima de la mesa del comedor. ELOÍSA se dirige rápidamente al teléfono, pero un fleco de la cortina enganchado en un botón de la manga de su vestido desprende el soporte de la cortina, cuyas anillas de bronce quedan suspendidas por una punta.)

ELOÍSA (al teléfono): ¡Ah, sos vos! Mirá, acaba de salir. Sí a Martina le gustó el modelo y se lo llevó. Pedro se está afeitando. Esta noche vamos al teatro. Venite a la tarde. Hasta luego. (ELOÍSA mira la cortina desprendida, vacila un instante, coge una silla, sube a ella y se pone a introducir las anillas en la varilla de bronce.)

PEDRO (entrando con la cara enjabonada): ¿Y esa maldita mujer no ha vuelto? [...] Pero si yo dejé hoy un paquete de cigarrillos. (Mirando sorprendido a ELOÍSA.) ¿Qué hacés allí?

ELOÍSA (sin volver la cabeza): No lo vi.

PEDRO: Estoy seguro de que lo dejé.

ELOÍSA: Dejate de embromar con tus cigarrillos. Ayudame a enganchar, ¿querés? (Volviendo el rostro.) Limpia las manos. (PEDRO se frota energicamente las manos en las mangas del pijama, se acerca y sostiene la cortina.)

PEDRO: ¿De modo que hasta que no consiga empleo no te entregarás a mí?

ELOÍSA (irritada): ¿Volvemos a la misma historia?

(PEDRO vuelve lentísimamente la cabeza. Espía bruscamente. Empuja a la mujer hacia el vacío. La mujer cae arrastrando la cortina. PEDRO permanece un instante inmóvil.)

Roberto Arlt



Roberto Emilio Gofredo Arlt (Buenos Aires, 26 de abril de 1900 - Buenos Aires, 26 de julio de 1942) fue un novelista, cuentista, dramaturgo, periodista e inventor argentino.

En sus relatos se describen con naturalismo y humor las bajezas y grandezas de personajes inmersos en ambientes indolentes. De este modo retrata la Argentina de los recién llegados que intentan insertarse en un medio regido por la

desigualdad y la opresión. Escribió cuentos que han entrado a la historia de la literatura, como *El jorobadito*, *Luna roja* y *Noche terrible*. Por su manera de escribir directa y alejada de la estética modernista se le describió como «descuidado», lo cual contrasta con la fuerza fundadora que representó en la literatura argentina del siglo XX.

Tras su muerte aumentó su reconocimiento y es considerado como el primer autor moderno de la República Argentina.